El culto cristiano

William Wooldridge FEREDAY

biblicom.org

La adoración es el ejercicio más elevado del alma renovada, tanto en la tierra como en la gloria. La oración y la acción de gracias son ambas una bendición inefable en su lugar, pero una considera nuestras necesidades y las presenta a Dios, y la otra considera las bendiciones con las que él nos ha colmado, en gracia, y nos lleva a adorarlo, perdiéndose el corazón en la contemplación bienaventurada de Sus excelencias y sus profundas perfecciones. La oración cesará cuando alcancemos el descanso de Dios; la adoración no cesará, y solo se ejercerá plenamente cuando estemos con el Señor en el cielo.

La adoración cambia de carácter según la revelación que Dios ha hecho de sí mismo en las diferentes dispensaciones. En la época patriarcal, era adorado como el Dios Todopoderoso. Los padres, esperando con fe el cumplimiento de sus promesas, descansaban en él como el Dios fiel y todopoderoso. El culto tenía entonces un carácter más bien familiar, y el cabeza de familia actuaba como sacerdote para la casa. Job es un ejemplo de ello (Job 1:5).

Pero hubo un gran cambio cuando Israel fue llamado a ser el pueblo de Dios en la tierra. Dios habitaba en medio de ellos en el Tabernáculo. Era un privilegio y una bendición inestimables que el hombre desconocía anteriormente, tanto en su estado caído como en su estado de inocencia. Esto implicaba la institución del sacerdocio, ya que el hombre en su estado natural no es apto para acercarse a Dios. Los sacrificios siempre habían existido (aunque no se definieron claramente hasta los primeros capítulos del Levítico); para Israel, se añadió el sacerdocio. Pero esto alejaba necesariamente al pueblo. Dios deseaba que fueran «un reino de sacerdotes y una nación santa» (Éx. 19:6, LBLA), pero esto solo se hará realidad el día en que sean restaurados, por la gracia soberana. En el pasado, los sacerdotes actuaban en nombre del pueblo. Se ocupaban de la sangre de los sacrificios y quemaban incienso ante Jehová en el santuario.

Todo eso ha cambiado ahora, porque Cristo ha venido. Dios ya no está oculto tras un velo, sino que se ha revelado plenamente en la persona de su Hijo amado, para que nosotros, los que creemos, le conozcamos como Padre. Y no solo eso, sino que, habiéndose cumplido la redención, Cristo ha vuelto a Dios y está sentado a su diestra en los lugares altos. Por lo tanto, durante el período de la gracia, el carácter del culto ha cambiado por completo.

Tomemos Juan 4:20-24. El Señor Jesús se dirige a la conciencia y al corazón de la mujer del pozo de Sicar. Turbada en su conciencia por sus palabras, ella trata de desviar el tema abordando el tema del culto. El Señor le responde con benevolencia

y le habla del gran cambio que se estaba produciendo en aquel momento. La mujer habla del monte Gerizim, donde los samaritanos tenían su falso templo, imitando los ritos judíos, y le recuerda al Señor que los judíos afirmaban que Jerusalén era el lugar donde se debía adorar. Él responde: «Mujer, créeme que viene la hora cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos; porque la salvación es de los judíos. Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre busca a los tales para que le adoren a él. Dios es espíritu; y los que le adoran, deben adorarle en espíritu y en verdad» (Juan 4:21-24).

Hay varias cosas que deben señalarse aquí. En primer lugar, el Señor rechaza por completo el culto samaritano como falso y malo: «Vosotros adoráis lo que no conocéis». A continuación, justifica el judaísmo como algo inteligentemente expresado y procedente de Dios: «Nosotros adoramos lo que conocemos». Luego continúa mostrando que había llegado la hora de dejar a ambos de lado, para que se estableciera algo mejor. *El cristianismo no tiene un lugar santo*. Por sencillo que sea, ¡pocos lo entienden! Reconocer un lugar santo en la tierra y adorar en él es privarse de disfrutar de todo lo que es típicamente cristiano. Por desgracia, la gran mayoría de los cristianos se encuentran hoy en esta situación, y así ha sido durante siglos.

Además, adoramos al «Padre». ¡Qué cercanía y qué afecto implica eso! Ahora, por la obra de Cristo, estamos en una relación de hijos y podemos elevar nuestros corazones en adoración, conscientes de la libertad de nuestra relación. ¡Esto es infinitamente más elevado y bendito que gemir por la pesada carga de nuestros pecados, que suplicarle que no nos impute nuestras ofensas y los pecados de nuestros antepasados, y que no esté enojado con nosotros para siempre! Sin duda lo es. Pero eso excluye por completo a aquellos que no son hijos de Dios. Es el Evangelio el que les está destinado; mientras no sea recibido por la fe, nadie tiene derecho a unirse a la adoración del Padre, porque no están en condiciones espirituales para ello.

El Padre busca adoradores, ¡qué pensamiento tan precioso! Pero busca a quienes le adoren en espíritu y en verdad. Esto implica que el hombre interior está comprometido bajo la dirección del Espíritu Santo, y que la verdad de Dios es conocida y dirige el alma. Esto contrasta directamente con las simples formas externas que no exigen ni la verdad de Dios ni su Espíritu, y que nunca pueden satisfacer Su corazón.

Además, el Padre no solo *desea* una adoración espiritual (en contraposición a ritual), sino que hay un imperativo, «*deben*»: «los que le adoran, deben adorarle en espíritu

y en verdad». Ahora que su naturaleza ha sido plenamente revelada, se anuncian las exigencias de Dios, lo que le conviene. Los que se presentan ante él con simples ritos externos hacen como si Él no existiera, como las divinidades paganas; el cristiano que ha sido llevado a conocerlo, que ha nacido de él, comprende que solo el culto espiritual puede ser adecuado para un Dios como el nuestro. Que siempre nos regocijemos en rendirle culto según su Palabra.

La Epístola a los Hebreos nos presenta un lado de la verdad muy diferente. A lo largo de la Epístola, se considera que el creyente está en el desierto, avanzando hacia el descanso de Dios. Se reconocen sus debilidades y se invoca el sacrificio de Cristo para ayudarle en el camino. En cuanto al culto, tenemos libre acceso por la fe al santuario celestial. Todo esto es muy diferente de lo que enseña Juan. Allí, como hemos visto, la relación filial es importante: se nos considera hijos que adoramos al Padre en espíritu y en verdad.

Examinemos [Hebreos 10:19-22](#). El apóstol dice que tenemos plena libertad para entrar en los lugares santos por la sangre de Jesús. Bajo la Ley, los adoradores no podían entrar en la presencia de Dios. El velo les cerraba el camino. Pero ahora ya no hay ningún obstáculo. La obra de Jesús satisfizo tan plenamente las exigencias de Dios que el velo fue rasgado y el camino a los lugares santos quedó abierto. Además, nuestras conciencias están purificadas, de modo que podemos estar en paz ante él. Tenemos la seguridad de que el sacrificio único de Jesús ha borrado todos nuestros pecados y nos ha hecho perfectos para siempre. Su actual sesión a la derecha de Dios es la prueba gloriosa de que la cuestión de los pecados ha sido resuelta de una vez por todas. Si no tuviéramos esta confianza, no podríamos adorar. Un hombre inseguro e infeliz en cuanto a su posición ante Dios no está en condiciones de adorar, por muy buenos y rectos que sean sus deseos.

Habiendo sido desgarrada la carne de Jesús, habiendo sido consumada su obra, el camino a Dios está abierto, y todo creyente puede acercarse a Él con santa audacia. La «plena certidumbre de fe» glorifica realmente a Dios, independientemente de lo que piensen algunos. Siempre hay quienes no están seguros de nada y piensan que esa es la condición cristiana correcta. Lejos de nosotros ese pensamiento. Si todo dependiera de nosotros, podríamos temblar y estar llenos de temores; pero sabiendo que todos nuestros privilegios cristianos se basan en la obra del Señor Jesús, no nos atrevemos a deshonrarlo albergando dudas.

Pero recordemos que nuestra condición actual es imperfecta. Ser «purificados de una mala conciencia» no significa necesariamente ser perfecto en otros sentidos. De

hecho, mientras estemos en el cuerpo, todo servicio estará por debajo del estándar de Dios y de lo que nos gustaría. No me refiero aquí a pecados positivos, sino a deficiencias debidas a nuestras debilidades. Ahí es donde el sacrificio de Cristo viene en nuestra ayuda. «Teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios», por medio de él todos nuestros sacrificios espirituales se elevan a Dios de manera aceptable. Él los presenta a Dios por nosotros, acompañados de toda la excelencia y el perfume de su persona y su obra. ¡Qué consuelo para nuestros corazones! ¡Cuánto dependemos de él, no solo para nuestras necesidades en el desierto en general, sino también para el mayor servicio de nuestros corazones renovados!

En el versículo 22, tenemos una alusión importante al establecimiento de los sacerdotes aarónicos. Teniendo los «corazones purificados de una mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura», nos recuerda la aspersión de la sangre del sacrificio y el lavado a la entrada del tabernáculo de la congregación (vean [Lev. 8:6-24](#)). Sin este lavado, típico del nuevo nacimiento, nadie puede servir al Dios vivo y verdadero; la aspersión es la señal de que somos puros a sus ojos y que ningún pecado puede sernos imputado jamás.

Esta es, en resumen, nuestra posición cristiana, ¡pero cuán pocos la comprenden! Cuando Pablo escribía, las almas eran lentas en comprender la bendición del nuevo orden que Cristo había establecido, debido a los antiguos prejuicios religiosos que las cegaban. Lo mismo explica la oscuridad que cubre muchas mentes hoy en día. Se han erigido sistemas terrenales que imitan un judaísmo juzgado, y su tendencia común es mantener el alma más o menos alejada de Dios. Que Dios quiera establecer nuestras almas más completamente en Su gracia y Su verdad.